

## ALFONSO REYES Y EL COLEGIO DE MÉXICO\*

En este centenario, Alfonso Reyes aparece, día con día, desmenuzado hasta sus más mínimas partes por el estilete implacable de sus admiradores: Alfonso Reyes poeta; don Alfonso helenista; Reyes traductor; España, Francia, Inglaterra, Argentina, Brasil, México, Monterrey, Cuernavaca en la obra de Reyes; don Alfonso y la gastronomía, y la medicina y la ciencia; el epistolario de Reyes, literalmente de la A a la Z, desde Azorín y Borges hasta Yáñez y Zambrano. Si me dejo en el tintero las enumeraciones de Reyes y otros mil y un temas es, precisamente, porque la lista resulta casi inagotable.

Esto, que nos dice mucho de un Alfonso Reyes tan polifacético que admira y sorprende, también nos priva de su imagen entera y cabal cuya mayor cualidad, sin duda, fue la de no estar escindida en mil pedazos dispersos. Reyes no sólo es el fragmentado rompecabezas de los eruditos, sino una figura profundamente integrada en su vida y su obra, armónica en sus pasiones, pensamientos y actos; en síntesis, es el hombre público y privado de una sola pieza. Por esto mismo, hoy que El Colegio de México se une por derecho propio a este homenaje secular, qué lógico es pensar en un Alfonso Reyes cuya vida intelectual, artística y política culminó, a partir de 1939 hasta su muerte en 1959, precisamente en una obra integradora y abarcadora: la creación de El Colegio de México, que él presidió de manera ininterrumpida e incansable, con el apoyo de Daniel Cosío Villegas, intermitente Secretario de la institución.

El rescate de este aspecto de la obra vital de Alfonso Reyes, era ya imprescindible por varias razones. Entre otras, no sólo pa-

\* Discurso leído en El Colegio de México, en la "Ceremonia inaugural del centenario del natalicio de Alfonso Reyes", el 19 de mayo de 1989.

ra completar su extraordinaria biografía, sino para entender mejor el perfil de un hombre tan plenamente comprometido con el quehacer cultural de su patria. En efecto, durante dos décadas la atención y la pasión de don Alfonso se concentraron de manera nada casual en crear, desarrollar y fortalecer la existencia de una pequeña obra cultural que él consideraba esencial para la vida intelectual de México en su vertiente más sensible: la de adquirir, crear y transmitir conocimiento en los más elevados niveles académicos del país.

En verdad, esta dimensión de Alfonso Reyes como promotor científico y artístico trasciende al propio Colegio, ya que, desde sus años mozos hasta los de plena madurez, Reyes participó en la creación de empresas culturales de la mayor trascendencia: el Ateneo de la Juventud en 1909, la Escuela de Altos Estudios, antecesora directa de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1914, La Casa de España en México, semilla excepcional de este Colegio, en 1938 y, años después, El Colegio Nacional y el Ateneo Español en México, por no mencionar más que unos cuantos eslabones de una larga cadena de fundaciones. Sin embargo, entre todas éstas fueron La Casa de España y, a partir de 1940, su sucesor inmediato, El Colegio de México, las instituciones a las que Alfonso Reyes dedicó de modo casi absoluto el tiempo y la pasión que le hurtaba a la creación literaria: dos amores vividos con una misma devoción.

Hoy ya sabemos lo suficiente sobre La Casa de España en México, como para no necesitar extendernos aquí con su historia<sup>1</sup>. Basta recordar que, aunque La Casa oficialmente sólo duró poco más de dos años, desde el 1º de julio de 1938 hasta el 8 de octubre de 1940, su tiempo no puede medirse con el tictac mecánico del reloj, sino con el pulso de una época histórica cuyos años fueron los de la guerra civil española, los del sexenio renovador de Lázaro Cárdenas en México, los de la incubación y el estallido de la segunda guerra mundial, con sus secuelas de destrucción e inhumanidad. Tampoco sus logros pueden juzgarse con pautas comunes y corrientes. Sus cursos, cursillos, conferencias y publicaciones no fueron efímeros actos culturales sino semillas de libertad espiritual sembradas en terrenos ansiosos por recibirlas, fueron fermentos de vida intelectual plena. Cuando en 1940, Al-

<sup>1</sup> Véase la historia de esta institución en CLARA E. LIDA, *La Casa de España en México*, con la colaboración de José Antonio Matesanz, El Colegio de México, México, 1988, 201 pp.

fonso Reyes, como presidente de La Casa de España en México, percibió que los vientos de su país y del mundo exigían una transformación, tuvo que aceptar que para que los principios humanísticos y científicos de La Casa pudieran sobrevivir ésta tenía que morir. Bajo esta aparente paradoja pudo nacer El Colegio de México y verse proyectado hacia el futuro, como una nueva institución cuya riqueza fundamental era la excepcional herencia que recibía de La Casa de España.

Por un lado, esta herencia consistía en un patrimonio constituido por indudables pautas de excelencia. Por otro, estaba conformada por la íntima relación espiritual y científica entre mexicanos abiertos al mundo y refugiados españoles acogidos a México; ambos compartían preocupaciones comunes. Estas limpias amistades intelectuales, basadas, ante todo, en la conciencia de una misma ética, permitieron la creación de una comunidad cultural que estuviera muy por encima de las preferencias y simpatías personales. Desde esta perspectiva, el patrimonio que El Colegio de México heredó de La Casa de España estuvo conformado por la defensa de la riqueza del pensamiento plural, crítico y antidogmático. Éstas fueron las notas esenciales que Alfonso Reyes deseó que El Colegio de México pulsara con intensidad y ritmos varios a lo largo de los años por venir. Todas estas notas pueden resumirse en una sola, que sintetiza y condensa la invaluable enseñanza que La Casa de España entregó como herencia básica a El Colegio: la defensa de la libertad del espíritu.

Si bien la infancia y adolescencia de El Colegio de México fueron difíciles por la escasez de recursos públicos, Reyes nunca se amilanó. Los primeros pasos de El Colegio fueron inseguros. Su carácter como institución era tan novedoso que resultó impreciso para casi todo el mundo, y el hecho de ser heredera de La Casa de España hizo que se la continuara identificando y aun confundiendo con ella. Al mismo tiempo, el éxito que La Casa tuvo en su corta existencia, en cierta forma obligaba a El Colegio y lo compelía a superarlo. Para colmo, a partir de 1941, el nuevo gobierno presidido por Manuel Ávila Camacho mostró de entrada que no tenía intenciones de continuar sin más con la generosidad financiera de que había hecho gala su predecesor, Lázaro Cárdenas, y redujo la asignación anual estatal de 300 mil pesos que se mencionaban en el Acta Constitutiva de la nueva institución.

Ante esta situación, Alfonso Reyes, además de recurrir a sus múltiples amigos dentro y fuera de la política, planteó la necesidad de que

por lo menos, es de elemental prudencia el precaverse desde ahora contra los peligros de una situación que puede crear una tirantez creciente y determinar en cualquier momento una negativa del Gobierno para seguir contribuyendo a los gastos de El Colegio. Lo primero que se ocurre, es ponerse en condiciones de resistir la posible disminución de esta contribución del Gobierno<sup>2</sup>.

Es más, con el apoyo de sus colaboradores inmediatos, don Alfonso tomó diversas medidas encaminadas a demostrar a diestra y siniestra que las actividades propias de la nueva institución eran de excepcional importancia para México, ya que estaban centradas en la docencia, en la investigación y en el impulso de obras culturales de gran aliento que en ese entonces no se realizaban en ninguna otra institución de educación superior del país. El Colegio de México demostraba la sana ambición de preparar la crema y nata de los intelectuales del país, ante todo, en las humanidades y, luego, en algunas de las ciencias sociales, y surgía también con la plena certeza de que sólo por medio de la investigación rigurosa podrían rendir sus frutos más ricos el talento, la imaginación y la auténtica vocación intelectual.

No cabe duda que esta cruzada de don Alfonso en favor de El Colegio fue exitosa: la prueba está en que casi cincuenta años después todavía estamos aquí para contarlo, aunque las cosas hayan cambiado mucho. Sumada a esta energía directiva, estaba también la incitación gozosa de Reyes a lanzarse a la aventura placentera del conocimiento. Pero por debajo de todo ello, estaba su incansable creatividad, su voracidad por comprender y apropiarse de todo lo humano, su obsesión por el mundo de la cultura universal, su agudeza mental, su inigualable gracia, su inquebrantable rectitud y su extraordinaria eficacia como administrador.

En esta enumeración de las virtudes de Reyes, dejé para el final la que sus biógrafos nos han acostumbrado a pasar por alto: la del administrador eficaz y honesto. Algunos han sentido que podría ser en desdoro del poeta señalar su dedicación a las prosaicas actividades administrativas; otros, movidos por el maniqueísmo de opuestos irreconciliables, han declarado a ciencia cierta que si Reyes era un destacado creador no podía ser un buen administrador, que si entendía de letras no podía saber también de

<sup>2</sup> Véase el exhaustivo "Memorándum sobre las actuales condiciones de El Colegio de México", redactado en febrero de 1941. Archivo Histórico de El Colegio de México [Microfilm], Rollo Casa de España, Expediente AG-69.

números y presupuestos, que si era un artista por definición debía carecer de talento político.

Basta examinar la labor cotidiana de Alfonso Reyes a través de los cientos de documentos escritos o firmados de su puño y letra que se encuentran en los archivos de este Colegio, para reconocer al administrador laborioso y al presidente comprometido a toda hora con su labor directiva. Un Reyes que lo mismo corregía nóminas de sueldos que revisaba listas de adquisiciones para la biblioteca, que supervisaba las labores editoriales y seguía de cerca los progresos de alumnos, que atendía con gracia, discreción y seguridad los innumerables problemas cotidianos y velaba con celo por la elevada calidad profesional de sus colegas. Un Alfonso Reyes que no creía que hubiera asunto desdeñable, por pequeño que fuera, y que por ello mismo cuidaba que la conducta de todos los miembros de El Colegio de México fuera, ante y sobre todo, del más alto nivel profesional y ético. Hombre de gran perspicacia política, Alfonso Reyes tenía plena conciencia de que las actividades mal encauzadas podían acarrear serios daños para la vida interna de la institución y su proyección hacia el exterior. Por ello mismo insistía continuamente en distinguir el acto político, es decir el que se realiza para el bien de la colectividad, de lo que Reyes no vacilaba en definir como pequeñas ruindades académicas. ¡Qué duda cabe que eran estas últimas las que Alfonso Reyes más detestaba y que más se desveló por desterrar del seno de El Colegio!

La labor de Alfonso Reyes como presidente de El Colegio de México se debe valorar por sus resultados. Entre 1940 y 1959, los logros de esta institución sólo pueden calificarse de exitosos en grado superlativo, a pesar de la extrema modestia de recursos. Pocos fueron sus egresados que no hayan destacado en el ancho campo del ejercicio profesional de las disciplinas que aquí se enseñaban: la historia, algunas ciencias sociales y filosóficas y la filología<sup>3</sup>. Son pocos los egresados de aquel Colegio que no hayan

<sup>3</sup> En 1941 se creó, bajo la dirección de Silvio Zavala, el Centro de Estudios Históricos, que continúa hasta ahora. A la par, durante algunos años, se estableció un Seminario de historia de las ideas, coordinado por José Gaos. Entre 1943 y 1946 funcionó el Centro de Estudios Sociales que dirigió José Medina Echavarría y, en 1947, Raimundo Lida fundó un Centro de Estudios Filológicos, que desde 1962 se llama Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Bajo la presidencia de Reyes, El Colegio estableció dos importantes publicaciones periódicas: la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, desde 1947, y la revista *Historia Mexicana*, a partir de 1951.

sido maestros de generaciones enteras en las principales instituciones de educación superior de México y de América Latina. Como administradores académicos —por no mencionar a los funcionarios públicos—, entre sus alumnos hubo directores de institutos, de facultades, de otros centros de investigación superior, de la Biblioteca Nacional e, incluso, un rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Los hombres de letras que fueron becarios de ese Colegio de don Alfonso tienen muy poco que envidiarle a nadie y más bien dan envidia a muchos: Juan Rulfo, Luis Cernuda, Emilio Prados, Octavio Paz, Tomás Segovia, Juan José Arreola, Javier Sologuren, entre otros.

Lo extraordinario es que en ninguno —mexicanos, españoles, latinoamericanos— es fácil distinguir un sello que los caracterice como becarios de El Colegio, a no ser por el rigor, la originalidad y la solidez de su oficio. Esta misma ausencia de un molde único, demuestra el éxito de la empresa de Alfonso Reyes, adecuada para crear intelectuales de cuerpo entero, verdaderamente independientes y capaces de seguir su propio camino con total honestidad y libertad. Al celebrar ahora el centenario de don Alfonso, bien debemos hacer votos porque su espíritu continúe vigilante y atento, velando alerta por El Colegio de México que le debe su vida y que el año próximo será ya cincuentón. En este Colegio, Alfonso Reyes nos enseñó que la memoria histórica no debe ser recurso de la nostalgia sino estímulo para una continua renovación.

CLARA E. LIDA  
El Colegio de México